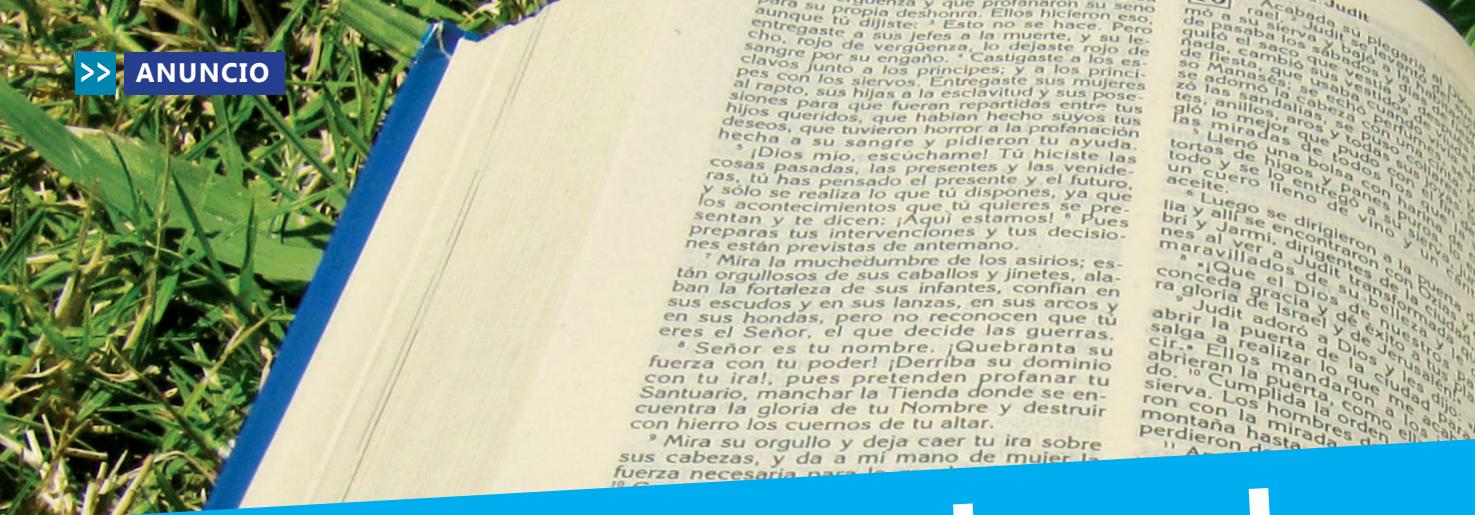




Vivir impulsados

Jesús, que era el Hijo de Dios, se movió a partir del Espíritu que recibió en el bautismo. También esta es una propuesta para nosotros: vivir impulsados por el Espíritu Santo. Jesús lo recibió como la Cabeza de un Cuerpo, que es la Iglesia (Cf. 1 Cor 12,12-30). Esto significa que el Espíritu circula por todo el “cuerpo”, es decir, por cada uno de nosotros. Por eso, hoy podemos preguntarnos: ¿cómo es nuestro vínculo con el Espíritu?

El Padre nos regaló el Espíritu en Pentecostés para que existiera la Iglesia, para que se anunciara la Palabra a partir de la resurrección de Jesús. Y esta misión es para todos, porque el Espíritu Santo no pasa de largo; él quiere moverse dentro de nosotros y entre nosotros porque es un Espíritu que constituye el cuerpo de la Iglesia. Por eso es bueno registrar qué señales tenemos de cómo el Espíritu mueve la gracia en nosotros, en los momentos difíciles, de necesidad de resolución de ciertas situaciones, de intercesión. Es importante entonces aprender a percibir qué nos pide el Espíritu a través de la gracia de Dios en cada momento, tanto en los malos como en los buenos.

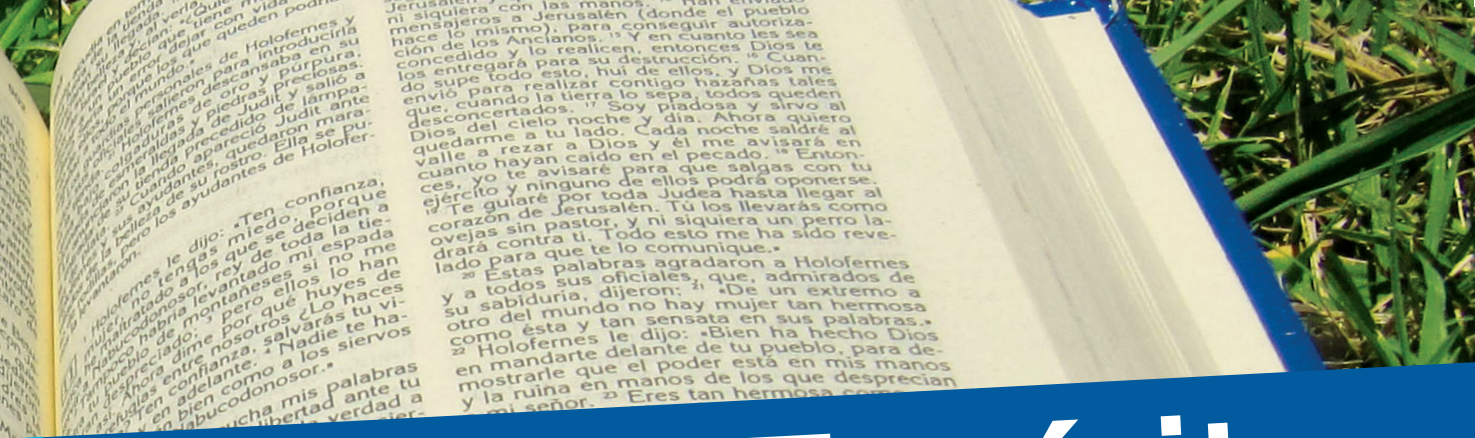
**NOSOTROS,
HOY, COMO OBRA,
ANUNCIAMOS
UN AÑO DE ALIANZA
CON EL PADRE.**

EL LLAMADO A ANUNCIAR

A partir de la lectura que Jesús hace en la sinagoga surge una enseñanza: “El espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido para llevar a los pobres la buena nueva, para anunciar la liberación a los cautivos y la curación a los ciegos, para dar libertad a los oprimidos y proclamar un año de gracia del Señor” (Cf. Lc 4,14-21).

Esta profecía sirvió para revelar quién era Jesús, y el Espíritu muestra allí también cuál es su misión. Existe todo un programa para Jesús: “Él me envió a llevar la Buena Noticia a los pobres”. Llama, como parte del cuerpo, a la misión de anunciar la Buena Noticia, en particular a los pobres, que, en el lenguaje de Francisco, implica especialmente a aquellos que son descartados, aquellos que “no sirven para nada” y están

abandonados. Es una invitación a estar atentos a las necesidades de los demás, que a veces son físicas y a veces interiores; a los momentos de agobio, a las situaciones difíciles que se suscitan en la vida familiar, laboral, etc. Hay un llamado especial hacia los “pobres de espíritu”, a aquellos que no les alcanza con vivir para sí mismos simplemente, a aquellos que necesitan de Dios. Son muchos y no siempre se dan cuenta de esta necesidad, y se fabrican ídolos como el poder en el trabajo, en lo político, en lo económico, etc.



por el Espíritu

Jesús se acercaba a los enfermos y los curaba; liberaba a los oprimidos y proclamaba un año de gracia del Señor. Y este anuncio queda en la Iglesia: este programa de Jesús también se traslada hacia nosotros, que tenemos que avanzar con su propuesta, preguntándonos qué nos toca desarrollar en cada aspecto de nuestras vidas. Nosotros, hoy, como Obra, anunciamos un año de alianza con el Padre.

LA VIDA DEL EVANGELIO

También, tenemos un llamado a reafirmar el compromiso a vivir la Palabra. Los cristianos, cuando la escuchaban, tenían consciencia de la necesidad de ser llenados por el Espíritu Santo. Ese era el programa: vivir llenos del Espíritu. Los movimientos de amor de Dios que hay en nuestro corazón son una acción del Espíritu Santo. El apóstol san Pablo enseña que Dios derramó su amor en nuestros corazones; eso nos permite reunirnos y encontrarnos en una dimensión de fe, de consolación, de buen trato, de pueblo de Dios, de comunidad, o de familia de Dios. El papa Francisco expresa la consecuencia práctica de esta forma de vida: “no estén tristes”. Si uno tiene fe, si uno se alimenta de la Palabra de Dios que es pan de vida, no va a estar triste. “No estén tristes porque la alegría en el Señor es la fortaleza de ustedes” (Neh 8,10).



Esta es una invitación para que los cristianos vivan con alegría y no estén tristes, deprimidos. Que nadie diga que da lástima ser cristiano, sino que se pregunten cómo se hace para vivir así, con tanta alegría. Aun el testimonio de los mártires expresa la alegría con la que vivieron incluso los momentos más difíciles.

Jesús nos invita también a nosotros a celebrar al Señor: “Canten al Señor un canto nuevo. Cante al Señor toda la Tierra”, dice el salmo 96. San Agustín invitaba mucho a cantar y decía que

“el que canta, ora dos veces”. Porque cuando se canta, se desenvuelve un sentimiento que no siempre se hace en la oración personal. El canto ayuda a que ese espacio interior se llene de Dios.

“Los preceptos del Señor son rectos, alegran el corazón”, dice el Salmo 19. Nuevamente aparece la alegría. La Palabra de Dios nos enseña cómo vivir verdaderamente y de forma sana la vida. “Los mandamientos del Señor son claros, iluminan los ojos, especialmente los ojos del corazón”.

Pidamos al Señor poder vivir con los “ojos del corazón” iluminados por la alegría del Espíritu Santo y la gracia de la Palabra.

Padre Ricardo

N de la R: Extracto de una homilía ofrecida el 24 de enero de 2016 en Cuesta Blanca, Córdoba.